

vez mas en las cristianas banderas, llegando á tanto el temor, que sin vergüenza se metian los soldados huyendo por aquellas quebradas espesuras, y dejaban desamparado á su valeroso general, quien como nieto de tan grande abuelo, los llamaba á voces y los exhortaba desta suerte:

¿Qué furia del infierno os acomete?
Y qué fantasmas veis que os amedrentan,
Que así huyendo vais á rienda suelta,
Sin mas respeto á aquello que os obliga
A ser de gran valor como herederos
De la española sangre belicosa?
¿Por qué dejáis así vuestras banderas?
Mirad que sois de España hijos caros;
Volved á la batalla, no estéis tímidos,
Mirad que dirá el mundo de vosotros,
Que sois cobardes, viles y abatidos,
Pues de una gente infame vais huyendo,
Que no sabe qué cosa sean armas.
Cualquiera de vosotros vale tanto
Como ducientos dellos en campaña,
Y si huís, no quiera Dios del cielo,
Que digan que yo soy general vuestro;
Ni prosa ó verso nunca jamás digan,
Que yo traje conmigo tan vil gente,
Que huyó de las armas y su furia.
Mirad que vale mas morir con honra,
Que no vivir infames en el mundo,
Adonde reputados de cobardes
Seréis perpetuamente de los hombres.
Mostrad valor, esfuerzo y gallardía,
Y no porque la noche os amedrente
Dejéis de aspirar á fama eterna.
Mirad que los contrarios son moriscos,
Y que no son de Francia las escuadras
De los que os retirais con tal infamia.
A ellos, á ellos, fuertes españoles;
España, España; á ellos, Santiago,
Que es gente vil; á ellos, que ya huyen
De solo ver las armas españolas,
Que tanto por el mundo son temidas.
Ganad, varones, hoy renombres claros
De vuestras fortalezas y hazañas,
Que ya el tiempo os promete la victoria.

Diciendo estas cosas el valeroso duque, salta del caballo sin temor alguno, y embrazando su fuerte y acerada rodela, embiste á los moros con ánimo sublime, preciado mas morir en la batalla que retroceder un solo paso. Sus eficaces palabras y el ejemplo maravilloso que daba personalmente hicieron tanta impresion en sus soldados que, avergonzándose de haber huido y no haber hecho su deber como esforzados varones, se tornaron á juntar, gritando animosamente: *Santiago, victoria, victoria, que el enemigo huye*. Esta voz fué eficazísima para alentar á los soldados cristianos, é infundió en los moros grandísimo temor, creyendo que á aquellos les habia entrado gran socorro de gente. ¡Oh buen duque, nieto del soldado mejor que tuvo el mundo, cuán bello ejemplo diste de tu gran valor en el momento que estaba próximo á perderse todo el campo! Pues tu tío el valeroso don Gabriel, digno de proceder de tan clara sangre, y otros dos bravos soldados, don Luis y don Juan tus deudos, no hicieron menores cosas que ahora tu dando este ejemplo con que redujiste á todo un campo ahuyentado y sin aliento á tomar otra vez las armas y pelear con mas fortaleza que pudiera hacerlo el mismo Marte. ¿Qué Julio César, qué Torcuato, qué Héctor, qué Alejandro, qué Fabio que acaudillaran un ejército tan atemorizado como el tuyo, supieran sacar del mayor partido? Aunque era oscura la noche no podrá nublarse el resplandor de tu grandeza, el de tu ánimo sublime en una ocasion tan difícil y peligrosa como la que te puso en las manos la fortuna, y de la cual saliste con tanta gloria.

¿Y qué no podria decirse del valeroso duque don Luis, flor del tronco de Cardona, y del gallardo don Juan de Mendoza? No otra cosa por cierto sino que cada uno dellos parecia un fiero Marte batallando con los moros. De tal modo pelearon los valerosos cristianos, que pronto se vieron libres de las emboscadas del enemigo, y retirándose con buen orden tomaron la vuelta de Acequias; lo cual no fué poco hacer, respecto á que todo el campo habia estado á punto de perderse, si no le salvara el gran valor del duque de Sesa. Llegando á Acequias su escelencia al otro dia por la mañana, pasó revista al ejército, y mandó que los heridos fueran llevados á Granada para su curacion, queriendo él pasar adelante para Orjiva con el resto; mas no lo pudo hacer tan pronto como convenia, por las aspe-

rezas del camino y fragosidad de las sierras. Sin embargo se levantó entre tanto el sitio de Orjiva, porque Avenabó, creyendo que el duque daria en el valle, se pasó con su campo á Lanjaron para defenderle la entrada. Desitiada Orjiva se dió orden al capitán Molina para que pasase de allí y se fuera á Motril con su gente. El buen Molina ordenó luego la partida, dejando antes clavadas algunas piezas de batir, y otras, que eran las mejores, enterradas. Entre tanto el duque andaba revuelto con Audalla Avenabó, y le traía distraído para que Molina pudiera hacer aquel viaje á su salvo. Gran multitud de moros corrió la Vega de Granada por Guéjar y el Puntal, é hizo rica presa en pastores y ganados. Bien quisiera el señor don Juan hallarse en tales ocasiones; mas le era defendido. Poco después por causas importantes, y para tratar negocios de la guerra, se mandó al duque que volviese; bien que si se encontrase de camino con Audalla le asaltara con el mayor esfuerzo que fuese posible.

A esta sazón supo el duque que el moro queria ir á las Albuñuelas, y por verse con él marchó al momento con su campo para el mismo lugar. Los dos ejércitos iban acia allá caminando; pero por distintas partes, de donde no se podian ver el uno al otro. El duque llegó el primero, se aposentó en lo mejor del lugar, y á todo lo demás mandó poner fuego; lo mismo hizo con otro llamado Prastabal, y con Velaix y otras poblaciones de moros que estaban por allí cerca, porque los moradores daban bastimentos á los enemigos. Hecho esto, se volvió á Granada el noble duque, dejando grande guarnicion en las Albuñuelas, y por capitán al valeroso Pedro de Mendoza. Llegando el duque á Granada, el señor don Juan acordó con él lo que se debia hacer, y que referiremos en el capítulo siguiente, diciendo primero un romance de lo pasado, por no perder el hilo.

El moro Avenabó Audalla
Con campo fortalecido
Para Orjiva se marcha,
Que es de cristianos presidio.
De trincheras la rodea
Por iracella á su paradero,
Mas los de adentro esforzados
Con valor se han defendido.
De muy poco les valiera
Si no fueran socorridos;
Mas el de Austria que lo supo
Socorro envia cumplido.
El de Sesa es general
En la milicia perito,
Y seis mil infantes lleva
De valor reconocido,
Con ochocientos caballos
Que para el caso ha pedido.
Avenabó que lo entiende,
Su gran campo ha dividido;
Una parte está en el cerco,
La otra se va al camino.
Por do el de Sesa venia
Buscando á Audalla enemigo.
Cuatro capitanes salen
Del escuadron sarraçino:
Dali, Nacoz, Arrendate,
Y Huzén que de Arjel vino:
Todos se emboscan y esconden
Entre los robles y pinos.
Vilches, que llega el primero,
Fué asaltado repentino,
Que los moros le acometen
Con furia, cual torbellino;
El buen capitán Perea,
Que detrás de Vilches vino,
Muy bien quisiera ayudarle,
Mas fuéle el hado maligno.
Porque el Nacoz al Dali
Le ayuda con buen destino,
Y tal esfuerzo, que espanta
La furia con que allí vino.
Mal lo pasan los cristianos:
Retirarse les convino
Acia atrás con toda prisa
Por donde habian venido.

Entendiendo que el de Sesa
Les daría pronto auxilio,
Mas en las manos cayeron
De Arrendate, moro fino.
El cual los deshace y mata
Con dolor nunca sentido.
En esto llega el de Sesa,
Mas también muy mal le ha ido,
Por ser oscura la noche,
Y estar el sol escondido.
Y á esta causa, su escudron,
Fué de los moros rompido.
Porque todos con espanto
De la batalla han huido.
El duque los animaba
Con valor engrandecido,
Y tanto hace por su parte
Que su campo ha reducido,
Y con furor acomete
A aquel que los ha ofendido.
Peleano los cristianos
Contra el bando fementido,
Se retiran poco á poco
A Acequias, de do han salido.
Los moros luego se vuelven
Al campo de do han venido;
Avenabó deja el cerco,
A Lanjaron se ha acogido,
Porque el duque no le entrara
En su valle enriquecido.
Los de Orjiva á Motril
Le van tomando el camino,
Porque el de Sesa lo manda,
Y es cosa que así convino.
A las Albuñuelas parte
El de Sesa Paladino:
Gran parte de ellas quemaba,
Y otros lugares vecinos,
Porque daban bastimentos
Al campo de los moriscos.
El duque vuelve á Granada,
Que el de Austria así lo quiso,
Dejando allí en su lugar
A don Pedro Mendocino
Con setecientos soldados
De valor esclarecido.

CAPITULO XIX.

El señor don Juan y el duque de Sesa con dos campos entran en las Alpujarras, y van sobre Guéjar, ocurriendo otras cosas.

Así como el duque de Sesa llegó á Granada, el señor don Juan, teniendo noticia de que el marqués de Vélez estaba todavía en Galera, y que después de los asaltos que le habia dado, recebiendo mucho daño, le enviaba á decir

que aquel pueblo no podia tomarse sin artillería, escribió inmediatamente á su Majestad una carta, que decia así:

«Muy poderoso señor: vuestra Majestad sabrá que la guerra de Granada va de mal en peor, porque los moros se han armado muy de propósito, hacen notable daño en las escoltas y en los presidios, y si les acometen, no aguardan batalla, salvándose por las sierras; de modo que hay guerra para toda la vida. Ahora se ha levantado un lugar fortísimo, llamado Galera, y segun soy informado del marqués de Vélez, no puede ser tomado sin artillería; yo holgara mucho de ir sobre Galera, pero seiria dejar atrás los enemigos. Querría pues que vuestra Majestad me diese licencia para que yo y el duque de Sesa entrásemos con dos campos por las Alpujarras, para que con brevedad se diese fin á tan prolija guerra, que lleva ya dos años de duracion, estando hoy todavía peor que el primer dia, y si no se ataja como digo, nunca tendrá término.»

En vista desta carta mandó su Majestad al señor don Juan y al duque entrar con gran gente en las Alpujarras, que después que hubiesen desbaratado á Avenabó y su campo, fuese su Alteza sobre Galera, y asistiese al marqués de Vélez, dándose orden al comendador mayor de que proveyese de artillería para poner con esto fin á la guerra. El señor don Juan, obtenida esta licencia, ordena al punto la salida en busca de los moros de la Alpujarra, y llevando consigo al duque de Sesa parte sobre Guéjar, aunque mas hubiera querido ir sobre Galera; no convenia hacerlo dejando enemigos detrás. Los dos famosos generales partieron á las Alpujarras llevando cada uno diez mil infantes y mil caballos, bien repartidos, y convinieron en seguir distinto camino uno de otro, pero procurando llegar todos al amanecer sobre Guéjar, y juntarse en un mismo punto. Los dos campos marcharon, y el de Sesa acertó á tomar el camino mas llano y trillado; su Alteza tomó las alturas, y fué por caminos ásperos y dificultosos de andar, habiéndole dado la vanguardia á un capitán llamado Diego de Quesada, por ser valiente y práctico en aquellos pasos. Llevaba la retaguardia un caballero nombrado Garci-Manrique, con toda la caballería, y el señor don Juan iba de batalla, llevando delante un real y hermoso guion: desta suerte marchaban de noche á la luz de las estrellas aquellos dos fuertes escuadrones. El campo del señor don Juan, á pesar del conocimiento que Quesada tenia de la tierra, al bajar de un monte erró el camino, de suerte que fué preciso dar un buen rodeo. El duque, como iba por lo mejor, marchaba sin pesadumbre.

A esta sazón tuvieron aviso los moros de Guéjar por los de Granada de que el hermano del rey don Felipe iba en persona á darles cruda guerra y acabar con ellos. Los de Guéjar tuvieron sobre esto consejo de guerra, y en él resolvieron desamparar el lugar, é irse volando á la sierra; al punto cargaron con sus bienes, se llevaron las mujeres é hijos, y dejaron únicamente algunos viejos que no podian caminar con ellos. Al salir el sol llegó al lugar el valeroso duque, pensando hallar allí al enemigo; pero ya no encontró mas que á dichos ancianos, que fueron luego degollados; una buena parte de su gente á toda prisa siguió á los moros que iban huyendo, y por último alcanzó á la retaguardia, donde llevando los moros algunos buenos tiradores, trabaron escaramuza con los cristianos, los cuales les tomaron algunas presas; pero luego salieron de la espesura del monte muchos moros, y dando en los cristianos poderosamente les tornaron á quitar todo cuanto habian ganado. Con esto los cristianos maltratados, y dejando algunos muertos, se tornaron al real. Ya estaba muy salido el sol, y su Alteza no llegaba al puesto designado por causa de haber errado el camino don Diego de Quesada, lo que traía al príncipe mohino y enojado, entendiendo que el duque habria ya desbaratado á los moros, y

pasándole de no hallarse en la ocasion que venia á buscar. Llegado el señor don Juan adonde estaba el duque, se tuvo noticia de que por la faldá de la sierra habian aparecido muchas moras, segun de lejos blanqueaban. Los cristianos, entendiendo que serian las mismas que habian huido del lugar, se desbandaron en gran número á toda prisa para alcanzarlas; pero en llegando al sitio fueron recibidos con una gentil carga de arcabuceria, porque para engañarlos los moros se habian disfrazado con aquellas tocás. Trabóse escaramuza entre los dos bandos, y al fin los moros se metieron en la sierra y fueron á Valor, donde estaba Abenavó con su campo. En esta escaramuza murió el capitán Quesada, y con él otros ocho soldados; los demás se acogieron al real con harto dolor de la pérdida de su buen capitán, aunque después murió otro Quesada ó Quijada, que causó un sentimiento todavia mayor al ejército, como diremos adelante. Su Alteza se parecia en todo y por todo á su valeroso padre Carlos V: en la afabilidad, en el real trato, ademán, habla y donaire; así todo el campo estaba tan contento con su vista, que era maravilla. Ahora dejaremos de hablar del para decir cómo Avenabó recibió en Valor á los moros que llegaron huyendo de Guéjar. Tuvo el nuevo rey mucha pesadumbre de ver la cobardía de aquella gente, y con grande ira y desabrimiento les habló á todos desta manera:

«Hombres ingratos, infames, y desconocidos á los favores que la fortuna os habia hecho deparándoos la ocasion de vencer las cristianas banderas y adquirir sobre vuestros enemigos un poder soberano, que así la perdisteis, sin tener empacho de venir huyendo de un mozo que no ha abierto aun los ojos á la luz del mundo, carece de experiencia en el militar oficio, no sabe qué cosa sean armas, ni tiene ejercitado el oido con el son de la caja y la trompeta; ¿es posible que por solo el nombre de su venida desamparaseis los presidios que confiaba yo fueran bien defendidos por vuestro valor, y que ninguna cuenta tuvieseis con el mio, que os amedrenta á toda España? Vano es mi poder, y vano el renombre que teniais ganado en tiempo que la tierra, hecha un lago de sangre por vuestras armas y esfuerzo, temblaba de vosotros; todo ha desaparecido para no recobrarle jamás. ¿Por ventura, cobardes, me teniais tan en poco á mi campo y á mí, que no os pudiera socorrer? ¿Tan poca confianza teniais de mi valor, para que no os sacara de cualquier peligro, por grande que fuese? Pues decidme, si tan poco apreciáis os merecia mi esfuerzo, ¿por qué me disteis corona? para qué me alzasteis por vuestro rey? Si no habeis de hacer lo que á mi valor sois obligados, mas quiero que me deis la muerte; antes morir que verme en poder de los enemigos cristianos. No sois vosotros como los de Galera, que siendo poco prácticos en la guerra, y mal experimentados en las armas, hacen todavia dentro de sus murallas temblar al enemigo que los sitia. Cuando no mirarais otra cosa, ni que hubierais delante un ejemplo tan perspicuo, no debiais mostrar tal cobardía, y hacer una retirada tan infame, sino mostraros como firmes rocas y muros fortalecidos contra el bando cristiano, aunque viniera con mucho mayor poder. También tengo queja de vosotros, valerosos turcos, pues siendo tan diestros en las armas, y habiendo temblado España de vuestro valor, ahora que mas convenia mostrar sus finos quilates, habeis caído en una baja tan grande. Si así ha de ser, matadme, pues como tengo dicho lo tendré por un beneficio soberano, en comparacion de verme entre las manos de mis enemigos los cristianos, á quienes tanto aborrezco por las obras que dellos tengo recibidas.»

Con esto el furioso Avenabó acabó su razonamiento, mostrando en el rostro terrible braveza; mas en seguida un turco llamado Noaite, alcaide de Guéjar, le respondió desta manera:

«De culpa nos cargas, Avenabó, por lo cual es nece-

sario dar disculpa por mi y por todos los demás soldados de tu ejército, pues todos somos miembros de tu real persona, que es la cabeza; de tal suerte, que hallándose mancha de culpa, á todos alcanzaría parte della, y así para que yo y los demás quedemos disculpados de lo que tu real Alteza nos culpa, yo quiero ser el abogado. En cuanto al miedo que dices hemos tenido, bien satisfecho estaré por lo obrado en los pasados tiempos y en todas ocasiones contra el bando cristiano, donde se ha mostrado siempre nuestro valor exento de miedo ni cobardía; y juro por Mahoma, que jamás supimos qué cosa fuese miedo, y fuimos siempre lo que somos y seremos, aunque el mundo se hundiera y fuese en nuestro daño. La causa del desamparo de Guéjar no fué temor ni cobardía, sino haber tenido aviso por tus espías de Granada de que venían sobre nosotros dos gruesos campos, el del príncipe austriaco y el de Sesa, y detrás dellos el resto de España. ¿Pues cómo en un presidio de tan poca importancia y sin murallas querías tú, Avenabó, que resistiesen doscientos soldados, sabiendo muy bien que tus fuerzas y las nuestras están en la fragosidad de las sierras nevadas? Siendo esto así, no cumplía á tu Majestad que aguardáramos el impetu de tanto poder en una villa tan flaca y débil, donde se perdiera la fama de nuestros hechos, como tú dices, especialmente estando Guéjar tan vecina de Granada. Sabes, digo, que lo mejor de tu defensa está en las montañas, y no tienes que quejarte de nuestra venida, porque te es imposible sustentar la guerra fuera del amparo de la sierra, en donde la caballería no puede hacer su efecto. Nos pones por ejemplo, que los moros de Galera, nada espertos en la milicia, muestran gran valor, y hacen mucha resistencia al bando cristiano; los de Galera pueden hacerla muy á su salvo, porque el lugar es una Peña por dentro y por fuera, toda armada sobre profundas y firmes bóvedas, de modo que los de dentro tirando por saeteras hacen gran daño á los enemigos, sin ser ofendidos ellos. Por eso cien soldados valen allí por mil, y aun que se bata á Galera con artillería, y aunque se la eche por tierra, los que están dentro no pueden ser dañados, teniendo debajo del suelo grandes aposentos donde alojarse, de manera que si no se la mina y vuela con pólvora, jamás Galera será ganada. Advierte ahora que de todo lo dicho fallece Guéjar, que no tiene murallas, fosos ni defensa fuera de la fuerza viva y personal de aquellos que la quieran sostener; y así ciento, doscientos, ni trescientos soldados de presidio, es muy claro que no hubieran podido defenderse de veinte mil hombres que vinieron sobre ellos: por todo lo cual mayor honra ha sido dejarla que defenderla; pues vale más perder un lugar hecho de paredes viejas, que no trescientos buenos soldados. Las paredes no te podrán sacar de ningún peligro, y trescientos soldados reservados para mayor ocasión te podrían librar de alguna notable afrenta. Con esto he satisfecho á la culpa que me cargas, si bien me has querido entender. No te acuerdes de Guéjar, que es un pueblo inhabitable, yermo, y en vano el de Austria ha hecho presa en él con el grande ejército que trae. Si fuera la inclita Granada, Guadix el fresco, la ilustrada Baza, lo que se hubiera desamparado, gran razón habría para que nuestra infamia sonara por el mundo, y fuéramos todos reputados por cobardes; mas Guéjar, soberano Avenabó, bien sabes que no es el fin que se pretende; vamos al blanco, busquemos ocasión mas grave, y lleve tu Alteza á profundo y seguro puerto; esto es lo que hace al caso, y no disputar con sobrado coraje por una cosa de tan poca importancia. Por ahora la sierra es nuestra madre, y ella nos defiende, no consintiendo ser hallada de caballos. Así, no estimes en tan poco nuestro valor, pues el de Sesa lo estimó en mucho cuando de noche le asaltamos con tres bravas emboscadas, de suerte que tuvo que retirarse á Acequias á toda prisa, mal de su grado. Venga toda España y no la temas, que el socorro

africano llegará con brevedad, y el tiempo se mudará en tu favor; lo que has de hacer, valeroso Audalla, es tener para el desembarque pronto algún puerto seguro. Da sobre Almuñécar con tu campo, embiste con Salobreña, y esto sea sin dilación, porque el Ochalí no habrá faltado á tu demanda, y pronto tendrás unida á tus banderas la africana gente, que has de estimar en mucho, pues con ella darás fin á tu glorioso intento.»

Así dió fin á su razon el valeroso turco, dejando á Avenabó desenojado, y á toda la gente militar alegre y satisfecha del discreto descargo que presentó en su favor. En seguida mandó el reyecillo que el campo tomase la vuelta de Almuñécar y Salobreña, llevando todo el aparato necesario de escalas, municiones y otros pertrechos de guerra. Mandó también que el campo se dividiese en dos partes, viniendo á dar cada una en su lugar, y todos á un mismo tiempo y sazón. Marcharon luego las dos divisiones sin parar hasta que llegaron á los dos lugares referidos, y les pusieron terrible cerco, principiando por combatirlos fuertemente con mucha escopetería. Otros arrimaban escalas para subir á la altura de los torreones y almenadas murallas; pero de poco vale su recio asalto, porque los dos lugares estaban defendidos de muy buenos soldados, y mas querían morir que perderlos. Estaba en Almuñécar un valeroso capitán, llamado don Lope de Valenzuela, que en defensa de la plaza hacia maravillas, matando á muchos de los moros. No menos grandeza de ánimo mostró la gente de Salobreña, teniendo por capitán un soldado insigne, llamado don Diego Ramirez. Finalmente, viendo Avenabó que no podía salir con su propósito, determinó retirarse con su campo, dejando mucha de su gente muerta al pié de las fuertes murallas. Mas no por eso se amedrentó ni cansó, antes bien tomó la vuelta de Valor con ánimo de presentar batalla al de Austria y al de Sesa.

Entre tanto el hijo valeroso de Carlos V, reconociendo que las cosas del Alpujarra tardaban en arreglarse, y que no veía la hora de verse en Galera, mandó partir para este lugar, á fin de quitar de enmedio aquel padrastró, y volver después mas despacio sobre los moros de las Alpujarras. Este pensamiento del valeroso príncipe mereció la aprobación del duque y de los demás jefes y capitanes del ejército; por lo cual su Alteza, dejando con un escuadron muy poderoso al duque, partió luego á Galera, acompañado de muchos caballeros y soldados, que llegaban á seis mil. Llegó á Guadix sin encontrar impedimento ninguno, y de allí pasó á Baza y á Huéscar, donde halló al marqués de Vélez con su gente. Hizosele á su Alteza gran recibimiento, tanto por la gente del campo como por la de la tierra, señalándose en esto el marqués, y mostrando aquella grandeza de ánimo de que siempre fué dotado. El señor don Juan le contemplaba muy de propósito, maravillado de su gallardo parecer, garbo y talle, y diciendo entre sí, que no sin razon era tanta la fama del marqués, pues bien se mostraba en su aspecto y robusta corpulencia ser varón de grande esfuerzo. Después que en esto contentó sus ojos el señor don Juan, abrazó al marqués con semblante muy alegre y sereno, y le dijo unas palabras semejantes á estas: «ahora digo, valeroso adelantado, que la fama no dice tanto de vuestro valor como en vos se muestra, y que tengo mucho placer en dejar satisfecha mi vista de lo que antes vuestra celebridad me tenía anunciado. Vengo aquí por mandado de su Majestad para asistir en la guerra debajo de vuestro amparo y protección, porque de un capitán tan valeroso no puede menos de sacarse grande enseñanza en el arte de la milicia. Así podeis estar seguro de que no saldré un punto de vuestra órden, porque siempre debe tomarse de un soldado tan distinguido y experimentado en la guerra como vos lo habeis sido siempre.» El marqués, mostrando alegre semblante, y manteniéndose descubierta, respondió con avisadas palabras desta suerte:

«Yo soy, príncipe escelso, quien siente un gozo indecible en ver y conocer personalmente á vuestra Alteza, por ser hijo de un emperador tan famoso, cuyas banderas tuve la dichosa suerte de seguir, y también por ser hermano de nuestro inclito rey, el cual por hacerme una merced singular quiso darme este cargo trabajos, bien escusado para un hombre de mi edad. Sea vuestra Alteza muy bien venido, porque con su llegada me podré ir yo á descansar á mi casa, como será mucha razon, atento á que mis años no me permiten ya andar en el trabajo oficio de la guerra, bastando lo que hasta aquí se ha pasado.— Con todo eso, respondió el señor don Juan, me hareis gran placer en instruirme de lo que tengo que hacer.» En esto llegaron á hablar con el marqués otros caballeros principales, porque habia muchos que por su celebridad deseaban conocerle, y á la sazón no se hallaba príncipe de más valor y esfuerzo, ni podia decir ninguno de los mas famosos que le aventajaba en nada. Hablando pues con él el señor don Juan, el comendador mayor y otros muchos caballeros, llegaron á Huéscar, donde su Alteza fué recibido con grande alegría, y aposentado en el alcázar de la ciudad. El marqués, habiéndose despedido del príncipe, sin apearse del caballo, se salió en seguida de la ciudad, acompañado de sus criados y de algunos caballeros de Murcia y Lorça, tomando el camino de Vélez, para donde ya iba adelante su recámara.

No pasaron muchas horas sin que el señor don Juan preguntara por el marqués, y respondiéndole que ya habia partido del real, sintió la falta de un capitán tan valeroso. Mandó luego su Alteza que se juntase consejo de guerra para ver lo que se haria acerca de Galera, y se acordó que ante todas cosas se reconociese su situacion para plantar con acierto la artillería en las partes que mas daño pudiesen hacer. Las personas que concurrieron á este consejo fueron: el señor don Juan, el comendador mayor, Luis Quijada, don Lope de Figueroa, don Pedro de Padilla, don Pedro de Sotomayor, el capitán Molina que estuvo en Orjiva; últimamente fueron entre todos veinte y cuatro caballeros, todos capitanes famosos de los de Flandes y de Italia, y además otros se comunicaban las cosas tocantes á la guerra con otros soldados viejos experimentados en la milicia.

Conviene ahora dejar á su Alteza y á los demás de su campo, por decir algo del duque de Sesa, que andaba con grande ejército por las Alpujarras, deseoso de dar una batalla decisiva á Avenabó, habiendo puesto antes gente de guarnición en los presidios mas necesarios para que las escoltas que saliesen de Granada anduvieran seguras. Para esto metió gente en Acequias, en las Albuñuelas y en las escabrosas Guajaras, poniendo por otras muchas partes guardas y vijias que pudiesen descubrir á los enemigos y dar oportuno aviso. Llegó el duque á Orjiva, lugar suyo propio, y dejó allí un buen escuadron de soldados; por todo lo cual hubo alguna dilacion en hallar á Avenabó, que escusaba cuanto podia encontrarse con el duque, mientras no le viniese el socorro que aguardaba de Africa. Desto hablaremos después, y sobre lo dicho se dirá por epilogo el romance que sigue:

El hijo de Carlos quinto
Se salia de Granada,
Con el duque de Sesa
Para ir á la Alpujarra.
Veinte mil soldados lleva.
Toda gente aventajada;
Lleva también mil caballos
Con la nobleza de España.
Ricas banderas tendidas,
Que el aire las tremolaba,
A Guéjar hacen camino
Junto á la Sierra Nevada,
Porque se tiene noticia
Que hay de moros grande escuadra
El de Austria hace dos campos
Por marchar fácil la estrada;
Toda la noche caminan
Hasta que ya vino el alba.
El duque llegó primero
A Guéjar, moros no halla;

Que se salieron de allí
En la misma madrugada,
Porque tuvieron aviso
De los moros de Granada,
Que un gran campo va sobre ellos
A recorrer la Alpujarra.
Algunos viejos hallaron
Que pasaron por la espada.
Tras de los moros camina
El buen capitán Quesada,
Y corriendo muy aprisa
Alcanzó la retaguardia:
Trabaron escaramuza,
Los cristianos nada ganan,
Unos y otros se retiran,
Y cada bando se aprisa.
Los moros á los cristianos
Hicieron una emboscada.
Vestidos como mujeres,
Y en un llano los aguardan.

Quesada con su escuadron
Pensó coger la manada;
Mas cuando llegan á ella
Les dan una rociada
De buena arcabuceria,
Mostrando furia muy brava.
Los cristianos se retiran
Dejando muerto á Quesada,
Y con él ocho soldados
Por codicia desdichada.
Mas un turco muy famoso
Le ha salido á la parada,
Diciendo que es cosa justa
Tener á Guéjar en nada.
Audalla con mal designio

A Almuñécar caminaba,
Y á tomar la Salobreña,
Por ser puerto de importancia
Para que salte la gente
Que del Africa esperaba.
Almuñécar se defende,
Salobreña no va en zaga,
Porque tienen de presidio
Gente valerosa y brava.
Avenabó se retira
Sin la presa que pensaba;
A Valor se torna el moro
Con acuerdo que tomara.
El de Austria se parte luego
A Galera que está alzada,
Dejando gran campo al duque,
Que queda en el Alpujarra.
A Huéscar llegó su Alteza,
Donde el de Vélez estaba,
Y al que se holgó de ver,
Porque era mucha su fama.

CAPITULO XX.

El señor don Juan puso sitio á Galera. Bravos asaltos que se dieron al pueblo, los cuales escribió el alférez Tomás Perez de Hevia, vecino de Murcia, que seguía las banderas del señor don Juan, y anduvo siempre en el ejército.

Queda dicho en el capítulo pasado, que el valeroso marqués de Vélez se fué de Huéscar sin despedirse del señor don Juan, quien sintió mucho su ausencia por la falta que allí le hacian el valor y la esperiencia de un capitán tan sobresaliente; pero considerando que esto ya no tenia remedio y convenia proseguir la guerra con celeridad, su Alteza, habiendo tenido consejo con las personas principales que le asistían, determinó pasase el campo inmediatamente sobre la villa de Galera, por ser la que mas habia resistido á los reales ejércitos, y en quien los moros rebeldes tenían puestos los ojos y su mayor confianza por la defensa que habia hecho al marqués de Vélez cuando pocos dias antes fué sobre ella, y por parecerle que quitado este obstáculo no quedaba otro ninguno en que tropezar hasta el río de Almanzora, donde también los moros se habian encastillado y hecho fuertes: que así irian ganándose reputacion y fuerzas, y se le quitarían al enemigo, acabándose una guerra que llevaba ya año y medio de duracion. Teniendo yo escrito en mi libro todo aquello de que tenia noticia por vista propia, ó por relacion sobre lo ocurrido en esta guerra, no habiéndome hallado en el cerco de Galera, y deseando escribirlo con la misma entereza y verdad que hago lo demás, tuve necesidad de buscar informacion, y en fuerza de mis diligencias esquisitas adquirí noticia de que el alférez Tomás Perez de Hevia, vecino de la ciudad de Murcia y soldado veterano muy distinguido, que siguiendo las banderas del señor don Juan se halló en esta jornada, habia hecho un escrito sustancial, breve y compendioso del sitio de Galera, y de lo que dia por dia iba allí sucediendo. Se le pedí, y habiéndome dado, me pareció por su estilo y método que contenia la verdad desapasionada, y que mostraba muy bien haber sido hecho por persona en quien concurrían el conocimiento y la práctica del arte militar; así acordé copiarle á la letra, sin quitar ni poner cosa alguna, y su temor es como sigue:

Dice pues ahora el alférez en su discurso, que su Alteza salió de la ciudad de Huéscar para sitiar el fuerte de Galera miércoles por la mañana del 18 de enero de 1570, con todo su campo, que constaria de once á doce mil infantes, de sesenta y tres compañías, incluyéndose en ellas el tercio de Nápoles y los demás soldados que el marqués de los Vélez tenia consigo, repartidos en tres divisiones, de que eran maestros de campo Antonio Moreno, don Lope de Figueroa y don Pedro de Padilla, y ochocientos caballos, yendo por cabo dellos don Garcia Manrique; que en esto no se contaban los caballeros cortesanos, aventureros y otra gente que seguia el campo, y era mucha; pero que la artillería no vino aquel dia con el ejército, sino al siguiente, porque se quedó en Huéscar, á causa de no haberse acabado de encabargar.

Marchó el campo la distancia que hay desde Huéscar á Galera, que es una legua no larga, con este órden: don Pe-

dro de Padilla llevaba la vanguardia con su gente del tercio de Nápoles; la batalla don Antonio Moreno con su division, y la retaguardia don Lope de Figueroa con la suya. Alojose este dia el campo todo junto en un valle que tiene aquella tierra por la parte de tramontana, donde corre un rio pequeño; y la caballeria, que habia ido á la mano derecha de la infanteria por otro camino mas llano del que llevaban las banderas, se alojó en el propio valle, mas á la parte del levante de la infanteria, y en este mismo sitio ha quedado. Aquel dia por la noche se tocó arma en todo el campo; salió á ella el señor don Juan, y puesto en la plaza de armas, se reconoció luego que habia salido de unos bagajeros que inconsideradamente se alteraron, y dieron esta voz. Mandando cesar el rumor y aquietar el campo, su Alteza se tornó á su tienda.

El siguiente jueves salió su Alteza con una banda de arcabuceros á reconocer bien la situacion de la tierra, aunque dos dias antes que saliese de Huéscar ya lo habia hecho; yendo acompañado de algunos caballeros é infantes, los cuales trabaron una pequeña escaramuza con una manga de arcabuceros que los moros habian echado fuera del lugar para estorbarles el designio que llevaban, y en la que murieron cuatro soldados y salieron heridos diez, por cierto desorden que hizo un capitán de los que habian ido con el príncipe. Reconocidos los sitios en donde pareció mas conducente que se plantase la artilleria, mandó su Alteza que el tercio de Nápoles con algunas otras compañías que se le añadieron de las demás, porque estaba falto de gente, tomase la vuelta del pueblo, rodeando por la parte del mediodia, y descendiendo de la cumbre de unas montañas y valles que por allí tiene Galera, sobrepujándola, bajase hasta las eras que están en lo llano á la parte del poniente, donde se alojaria, como lo hizo, para batir desde allí el lugar, y tenerle mas oprimido. La division de don Lope mejoró de situacion tomando el lugar que habia dejado el tercio de Nápoles en aquel valle, acercándose mas á la poblacion que la de don Antonio Moreno, que como se ha dicho, miraba al levante. Durante la noche el tercio de Nápoles principio á levantar una trinchera desde el rio, que teniendo su nacimiento de la parte de levante, traia su corriente por el valle abajo acia poniente, y pasaba á la larga por la fachada del pueblo hasta la parte de tramontana, que viene á estar frontera de Huéscar. En esta misma noche se hizo una plataforma, en donde se colocaron un cañon reforzado con tres medios cañones para batir al pueblo por la parte del poniente leveche, que es lo mas llano de aquel sitio, y donde tiene situadas las eras.

Desde el viernes al amanecer estuvieron plantadas dichas piezas de campaña, se empezó á jugar la artilleria, y continuó hasta la hora de visperas, batiendo la torre de la iglesia, que estaba fuera de la muralla del pueblo y apartada della unos sesenta pasos. Esta torre era de una argamasa fuerte, en la cual practicaron los enemigos algunas troneras, y por ellas los escopeteros disparaban sobre la gente de nuestras trincheras. Cuando por casualidad se acertó á hacer este descubrimiento, ya habian muerto cinco soldados, y quedaban heridos otros muchos de los tiros que salian de allí; por manera que pareció muy conveniente ganarla para cortar el daño que se recibia de aquel punto. Felizmente las piezas de artilleria hicieron pronto grande efecto sobre ella, y los soldados cristianos la ganaron con facilidad, porque luego fué abandonada por los moros que la guardaban, recogiendo al pueblo sin lesion, bajo el amparo de la escopeteria que los defendia desde las murallas. En esta arremetida murieron diez soldados, y quedaron heridos otros, distinguiéndose mucho don Lorenzo Tellez Portugués, marqués de la Fabara en Sicilia.

Como vamos tratando del sitio desta villa, parece conveniente antes de pasar adelante dar alguna idea de su

posicion, á fin de que puedan entenderse mejor las particularidades que iremos refiriendo. Galera es un pueblo mas largo que ancho: su longitud se estiende desde el mediodia á la tramontana, y su latitud de poniente á levante. El circuito no es grande, aunque por tener angostas las calles y ser las casas pequeñas, bien que no mal labradas, contenia mas vecindario del que mostraba á primera vista. Su forma es la de una galera que está con la quilla arriba, de lo que se presume tomó su nombre. La popa della, usando de los nombres de que sirvió el campo cuando llegó á este lugar, mira á la parte del mediodia, y la proa en derechura á la tramontana y camino de Huéscar. El pueblo se edificó sobre una peña tajada á la redonda, salva la parte que venia á tener por frente las eras, donde se habia alojado el tercio de Nápoles, y estaba la iglesia, la cual parte, como se ha dicho, era algo llana, pero no tanto que dejase de ser por allí tan fuerte como las demás, teniendo delante un foso, abierto después de la rebelion, el que sin ser muy grande, ayudado de la disposicion del terreno, era muy suliciente para su defensa. Por la parte de la popa, que era la mas alta y recta, descollaba un castillejo labrado á lo antiguo, con un rebellin que llegaba hasta unos seis pasos de la muralla, dejando en medio una pequeña calle que dominaba á todo el lugar. La muralla, hecha asimismo á lo antiguo, no era muy alta, y tenia algunos torreoncillos, sin ningun género de traveses ni de otra fortificacion ingeniosa ó nueva.

Siguiendo el símil que hemos puesto de que el pueblo parecia, así como se llamaba, una galera con la quilla arriba, digo que estaba fundado sobre la propia piedra en la cinta ó corona, quedando de allí abajo muy alto, é inaccesible. Por las bandas de levante, mediodia y poniente, hasta llegar al foso que nuevamente habian abierto, parecian valles ó ramblizos de mas de doscientos pasos de anchura por la parte que menos, los cuales sercian de defensa, como un foso natural, bien que por la parte de la popa no eran tan hondos y mas llanos: por la de tramontana hacia el mismo oficio el rio pequeño de que ya hemos hablado. Circundaban por todas partes á Galera lomas y cumbres elevadas, pero á mas de cuatrocientos pasos de distancia; con todo eso, desde ellas pudieren batirse algunas casas y disparar contra las defensas. Era tan difícil la arremetida, que parecia imposible ganar el pueblo por asalto, porque aun cuando se arrasaran toda la muralla y las casas, que por la mayor parte estaban arrimadas á ella, desde allí abajo habia una altura tan grande de peña tajada y pelada, que no se podia batir, y por donde con mucha dificultad pudiera un hombre subir teniendo quien le ayudara, que aun quedando llano todo el pueblo, los que estuvieran dentro del conservarian los reparos que tenian hechos, y los que les ofrecia la disposicion y natural asiento del lugar para salir y atender á la defensa, manteniéndose á cubierto. Es verdad que por ser el ramblizo de la popa algo llano y menos hondo que los otros, ofrecia mas comodidad para acometer á la poblacion, y ganarla por esta parte antes que por las demás.

Habia dentro unos tres mil hombres de pelea, la mayor parte naturales del lugar, y el resto de los circunvecinos, que dias atrás se habian acogido allí con sus familias y haciendas. Tenian también de guarnicion unos cuatrocientos moros de las Alpujarras, y berberiscos con algunos turcos, bien que pocos, y á quienes los demás llamaban forasteros, y les daban sueldo como á buenos soldados y gente práctica en la guerra. Habria unas cuatro mil mujeres y criaturas de ambos sexos, haciendo de jefes ó cabeza de todos dos hombres de los mas ricos y principales del propio lugar, los cuales administraban los oficios de guerra y de justicia, habian repartido los cuarteles, nombrado capitanes para dirigir la pelea, y hecho todas las provisiones que habian entendido serles de provecho. Tenian copiosa cantidad de trigo, harina, carne salada, pasas, higos, gra-

nadas, habas, garbanzos y otras cosas de sustento, y también agua dulce muy buena de beber, y un pozo manantial que habian abierto después de la rebelion. Sus armas se reducian á unos doscientos arcabucos, andando escasa para ellos la municion, y á dos falconetes, que formaban toda su artilleria, y los habian puesto en la torre del castillo, desde donde no produjeron ningun efecto: destos falconetes el uno se ganó á los cristianos cuando el marqués mandó dar el primer asalto á Galera.

El viernes por la noche se comenzó á hacer otra trinchera por la parte de la popa, tomándola desde una loma que estaba mas á la banda del mediodia, y della tiraba la vuelta del siroco, continuando después hasta llegar á unos treinta pasos de la peña sobre que estaba fundada la muralla del pueblo; y en una plataforma que allí se hizo se plantó un cañon reforzado, dos medios cañones, y una pecezuela; con esta artilleria principiaron á batir el pueblo al amanecer del sábado. Á mano derecha desta bateria, en una loma alta de las que tiene la popa por delante, se plantaron tres sacres sobre otra plataforma que allí se hizo, los cuales tiraban contra el fuerte, y se ciñó este puesto de una pequeña trinchera, desde donde nuestros arcabuceros disparaban contra los enemigos cuando se descubrian. En otra loma que estaba á la siniestra mano, por la parte del poniente de la misma popa, se plantaron otros cuatro sacres, y se hicieron trincheras que servian para el mismo efecto que las demás. Las piezas puestas en las eras y las de popa estuvieron siempre batiendo el pueblo; las de las defensas jugaban solamente algunas veces; pero ni las unas ni las otras lo hacian con el calor conveniente, por no tener las municiones que eran necesarias, y no haber llegado las que cada dia se esperaban de Cartagena; trece piezas de artilleria mas, que también se traian de allá.

Desde el jueves hasta el lunes próximo siguiente, durante todo el dia no hubo novedad, ni se causó grande efecto, aunque la artilleria batió siempre al pueblo. En este intervalo de tiempo, haciendo las trincheras, entrando y saliendo de guardia en ellas, y asistiendo la gente al servicio de la artilleria, mataron los moros á un capitán reformado, á otro de los artilleros, y á veinte y ocho soldados, quedando heridos algunos mas. Ganada la torre de la iglesia por la bateria de las eras, y alargada aquella trinchera, se acercaron mas las piezas á la muralla, y habiéndola batido todos estos dias por esta parte, que con respecto á las demás estaba llana, segun se ha dicho, el señor don Juan ordenó en la mañana del martes, que por allí se diese á los enemigos un asalto á la sorda, tanto para reconocer la bateria, que era el fin y principal intento, como para entrar en la poblacion habiendo oportunidad para ello; y aprovechando la ocasion, si acaso se les ofreciese, como suele suceder, ya que no para tomarla, á lo menos para que ganadas algunas casas de las que estaban como pegadas y cosidas á la muralla, pudiera entrar dentro nuestra gente, y sustentándose allí ir acabando de ganar el resto del lugar.

Para este efecto los nuestros, llevando al frente dos capitanes del tercio de Nápoles, algunos caballeros y soldados particulares, acometieron por esta parte, y llegando al fosó pequeño que allí habia le pasaron con facilidad: algunos destos soldados subieron ya sobre la muralla, y entraron en algunas de las casas que estaban mas abrazadas á ella; pero los moros, habiendo tocado al arma y salido á defender su bateria con grandísima algazara, opusieron á los nuestros la resistencia mas animosa; de modo que sin poder dar un paso adelante, tuvieron que retroceder de allí, y perder cuanto terreno habian ganado. Trabajóse una cruel pelea entre los cristianos por entrar y los moros por defender la entrada, siendo tal la griteria de unos y otros, que juntamente con el ruido de la caballeria causaba espanto oír y ver aquella accion. Finalmente, sostenida mas de una hora, resolvieron los nuestros retirarse

con no poco daño recibido, pues perdieron uno de los dos capitanes, y el otro fué herido, y quedó muerto un caballero muy principal llamado don Juan Pacheco, del hábito de Santiago; también don Juan de Castilla salió mal herido de un arcabuzazo; de que murió después, asimismo que Pagan de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea de Oria, que fué herido de otro arcabuzazo que le pasó los dos muslos; de los soldados murieron veinte y cinco, y salieron malamente heridos otros muchos.

Pasada esta cruel refriega, nuestra artilleria continuó batiendo las fortalezas del pueblo, aunque mas flojamente que al principio, por falta de municiones, no habiendo llegado todavia las que ya se esperaban por horas de Cartagena, juntamente con los otros trece cañones. Tanto por esto como porque estando muy altas las baterias era poco el efecto de nuestra artilleria, á causa de la mala disposicion del sitio; y porque el escarpe que obraba, ni podria levantar lo batido de la muralla, ni era posible fuera tanto que igualase á la peña tajada, para que al arremeter se pudiese subir por él y ganar la plaza, se acordó obrar una mina por este mismo punto, cortando por debajo de lo batido la peña que no era muy fuerte, sino blanca y arenisca, y por lo mismo practicable con facilidad, encargándose de la ejecucion Francisco de Molina, que fué gobernador de Orjiva cuando estuvo sitiada, segun ya hemos dicho, asistido de un ingenioso veneciano. Hecha la mina el jueves por la tarde, se metieron en ella cuarenta y cinco barriles de pólvora.

El viernes, dia 27 de dicho mes, por la mañana, habiendo acordado el señor don Juan con su consejo, que pues ya estaba cerrada la mina y la tierra batida, lo que parecia mas posible, segun la disposicion del terreno y de la muralla, era que volándola levantase bastante abertura para entrar la bateria y tomarla, se diese un asalto general, así por esta parte de la popa como por la de las eras, que con lo que de nuevo se habia batido por allí, después del primer asalto, parecia haberse abierto camino bastante por donde los enemigos pudiesen ser combatidos y entrados con menos impedimento y mayor facilidad que de antes. Resuelto esto así, se dió la orden del asalto en la forma siguiente:

Que el tercio de Nápoles por la misma parte de las eras diese este dia otro asalto, llevando los soldados unas mantas que para el caso se habian hecho, á fin de que los moros, ocupados en la defensa de aquella bateria, se sorprendiesen al sentir el estrépito y estrago de la mina volada por la parte de la popa; que con el polvo que levantase, el humo y estruendo de la artilleria, que jugaria al mismo tiempo, se hiciese la arremetida, habiendo señalado para la ejecucion cinco compañías de la division de Antonio Moreno que fueran de vanguardia, otras cuatro de la misma division que estuviesen de batalla para su socorro, si fuese menester, y otras siete de la de don Lope de Figueroa de retaguardia, guardando las demás su alojamiento, y la caballeria la campaña.

Serian ya las ocho de la mañana cuando al maestre de campo don Pedro de Padilla y á las compañías que de aquella division estaban señaladas para el asalto, se les dió la señal de acometer por su bateria, lo cual hicieron con denuedo; y pasando lijeramente el foso ganaron la muralla y las casas mas pegadas á ella, en donde habian entrado ya la primera vez. Los moros salieron á esto esforzadamente para defender sus personas y haciendas, trabándose al instante entre los unos y los otros una cruda pelea, hasta venir á echar mano de las espadas: los cristianos obraban maravillas por entrar, y los moros no se quedaban atrás, defendiendo sus hogares con bravo furor: los unos gritaban, *Santiago, Santiago*; los otros, *Mahoma, Mahoma*, y batallaban desta suerte largo tiempo, cayendo de ambas partes muchos muertos. En este dia la gente de Murcia y Lorca con los lugares de su jurisdiccion se por-

taron heroicamente, cubriéndose de gloria como acostumbraban, y haciéndose dignos de llevar aquel real blason que habian ganado de seis coronas de oro. El ruido y la vocería eran tan grandes, que no se podian entender unos á otros, ni tampoco verse entre el polvo y la densa niebla de la pólvora; pero amontonándose los cristianos, los moros no tenían necesidad de echarse las escopetas á la cara, ni de apuntar á sus contrarios, sino de disparar sobre el confuso remolino que formaban. No obstante mostraban los nuestros tanta obstinacion, que hubieran entrado en el pueblo, si no se lo impidieran unos fuertes traveses que habian hecho los moros para esta defensa; pero durante su porfia recibieron mucho daño, sin poder dar un paso adelante. En esta demanda quedaron cuatro capitanes muertos y tres gravemente heridos de arcabuzazos; salieron heridos también algunos alféreces; de los soldados murieron mas de ochenta, quedando gravemente heridos unos ciento y cincuenta. Causaba mucho dolor ver herido igualmente de un arcabuzazo al maestro de campo don Pedro de Padilla.

Viendo el señor don Juan que andando la batalla tan revuelta y sangrienta entre los nuestros y los moros, tenia la ocasion oportuna en las manos, no quiso soltarla del cope, antes mandó al punto que se pudiese fuego á la mina que estaba á la parte de la popa, segun antes se habia acordado. La mina hizo su efecto, aunque no tanto como se esperaba, por haber salido algo ladeada del punto principal: sin embargo causó notable daño, porque con el movimiento que hizo al tiempo de volar, derribó gran parte de la peña tajada con la muralla y las casas que estaban construidas sobre ella; de manera que formó un escarpe por donde se podía acometer mejor que antes, quedando todavía agria y difícil la subida, por lo que los de adentro podian con facilidad defender el acceso, como lo hicieron.

Al ver nuestros soldados que habia reventado la mina, y creyendo que el efecto fuera mayor del que habia sido, como desde fuera parecia, codiciosos de verse envueltos con los enemigos, ó por mejor decir, de coger la presa que esperaban, y esto es lo mas cierto, porque se decia que habia en el pueblo muchos esclavos y mucho dinero, joyas y ropa, sin aguardar orden de nadie, ni esperar, como fuera justo, que se hiciera el reconocimiento de la batería, y se diese la señal del asalto, portándose como gente bisona, licenciosa y mal disciplinada, y gritando *Santiago, tierra España*, principiaron á subir por la cuesta arriba furiosa y desconcertadamente. Los alféreces, advirtiendo el desorden de los soldados, y que no habian sido parte para detenerlos la eficaz persuasion y grande resistencia de los capitanes, resolvieron hacer lo mismo arrojándose también con ellos para darles fuerza y calor, pues en aquella disposicion de la gente se tuvo este acuerdo por acertado: lo propio hicieron luego los capitanes con algunos otros soldados particulares y la gente suelta que con deseo de pelear y de señalarse se habian metido entre ellos. Con el impetu que llevaban llegaron las banderas hasta arrimarse al rebellin del castillejo.

Los moros, que amedrentados del movimiento de la mina y del daño que habia hecho al reventar, volando por el aire mas de veinte dellos que estaban de guardia, distribuidos por la parte que alcanzó de la muralla, se habian retirado á lo interior de la poblacion, y los demás que estaban no muy lejos de aquel peligro, oyendo tocar al arma por algunos de los suyos, y que de varios puntos distantes daban voces los centinelas, avisando que se les entraban los cristianos, acudieron todos de golpe á la batería, siguiéndoles también algunas mujeres y muchachos; y viendo que los nuestros estaban ya tan inmediatos como hemos dicho, dando un grande alarido como tenían de costumbre, y que le ponian en el cielo, acometieron con ánimo desesperado á los cristianos, disparando sus arcabuces, aunque no podian ser muchos por la escasez de mu-

nicones que siempre tuvieron, y arrojando piedras hasta venir á estar pié con pié y herirse con las espadas furiosamente. Deteniéndose los nuestros por la resistencia y defensa brava que les hacian los moros, pelearon con tanto esfuerzo y ceguedad que era cosa de espanto; pero no pudieron marchar adelante, ni ganar un paso mas de la poblacion. Las banderas que con algunos soldados habian llegado al rebellin, y que á causa de haberle hallado alto y fuerte, y por la mucha resistencia que se les hacia por los de adentro se habian parado y acumulado sin poder ir adelante, principiaron á remolinarse; lo cual, visto por un alférez, á quien pareció flojedad estar allí desta suerte, llamando á algunos amigos y camaradas suyos, procuró subir sobre el rebellin á despecho de cuantos le defendian. Tres veces lo intentó, y otras tantas fué rechazado y derrumbado abajo: porfiando en su intento, y queriendo subir la cuarta vez, le cogieron la bandera, y pugnaron por arrancársela de las manos; pero el valeroso alférez la defendió heroicamente á cuchilladas; y aunque quedó muy mal herido y lastimado, principalmente por haber caido de lo alto del rebellin abajo, quedó ufano de haber podido conservar su bandera.

En este tiempo no holgaban los muchachos ni las mujeres, antes bien con suma diligencia andaban allegando piedras junto á los que peleaban, y de las mujeres dos se señalaron entre las demás por su valentia y presencia de ánimo, peleando admirablemente. La una iba capitaneando y animando á todos por la batería, descubriéndose con desnudo y poniéndose al alcance de los arcabuzazos y cargas de artillería que partian de nuestras trincheras y plataformas; la otra, peleando con una espada en la mano, acometió á un soldado que muy confiado en su valor subia al rebellin, y le hirió cruelísimamente; pero no contenta con esto, le agarró con grande esfuerzo y derribó á sus piés, y en un punto le degolló y quitó un coselete y morrion que llevaba, sin que nadie se lo pudiese defender. Esta brava mora se llamaba la Zarzamodonia; era corpulenta, recia de miembros y alcanzaba grandísima fuerza; se averiguó que en este dia mató ella sola por su mano á diez y ocho soldados, no de los peores del campo.

Andaba la batalla tan cruel y obstinada por ambas partes, que en el espacio de tres horas no se echaba de ver se hubiese alojado el coraje de los unos ni de los otros; pero los moros llevaban la ventaja, porque morian muchos cristianos, bien que dellos no pudiera ser menos la mortandad, á causa de las descargas de la artillería y de los arcabuzazos que de todas partes llovian sobre el pueblo. Ya á este tiempo, habiéndose retirado de su batería el tercio de Nápoles, y llegando á ella nuevos moros de refresco en ayuda y socorro de los que todavía peleaban furiosamente, llenos de brio y coraje por haber defendido aquella parte tan bien, y hecho retroceder á los soldados nuestros que tanto los apretaban, se hacia la empresa mucho mas difícil, creciendo la resistencia, y subsistiendo la misma dificultad, de que, por estar tan alto el rebellin del castillo, no era posible subir por él ningun viviente para ganar la poblacion, al mismo tiempo que tampoco podia hacerse la entrada por otra parte. Por eso principió á notarse en los nuestros alguna flojedad; y reconocida por su Alteza, mandó al instante que las cuatro compañías de batalla acometiesen vigorosamente, como lo hicieron con grande impetu y pujanza; pero estas banderas nuevas, llegando al sitio en donde las demás hicieron represa, y comenzando los soldados á detenerse un poco, fué necesario enviar dos de las otras siete compañías que habian quedado de retaguardia, para que acometiesen juntamente con las otras, sin que produjesen mayor efecto, porque hicieron la misma demostracion y represa que las pasadas. Ya habia cerca de cuatro horas que duraba la pelea, y nuestros soldados obraban con desigualdad, cuando los enemigos se mantenian con tanto brio, que era claro resultaria de la obstinacion

una ruina muy grande y poco fruto; pues parecia que la fortuna, para ser de todo punto favorable á los cercados, permitió que en aquel momento se cayese un pedazo grande de la muralla con las casas que estaban pegadas á ella, enterrando vivos á mas de treinta soldados; y no solamente hizo este daño, sino que los pedazos que se desmoronaron, juntándose con el rebellin del castillo por donde habia la única esperanza de poder subir y entrar en la poblacion, se hizo el paso mucho mas difícil, y quedó aquel punto casi inespugnable. Por esta razon el señor don Juan mandó tocar la retirada, y los soldados entraron en el real, dejando muertos tres capitanes, y todos los demás quedando heridos de pedrada ó de arcabuzazo, por cuyas resultas murieron después otros dos. El maestro de campo don Lope de Figueroa salió mal herido de un arcabuzazo que le diéron al principio del asalto, y el otro maestro de campo Antonio Moreno salió también mal herido de las pedradas que los moros le tiraron. Todos hicieron su deber como buenos y valerosos soldados en esta sangrienta jornada; pero murieron unos ciento y cincuenta infantes, y quedaron heridos mas de cuatrocientos, añadiendo á este número todos los alféreces y sarjentes de las banderas.

Entendióse que los moros recibirian también notable daño, y no pudo ser menos, aunque de pronto no se pudo apurar; pero se supo después por algunos que salieron del fuerte y se vinieron al campo del señor don Juan, que la mortandad de los moros habia sido grande.

Al retirar los cadáveres de los cristianos muertos, se halló que habia muchos heridos por las espaldas, dejándose entender que murieron de los arcabuzazos de los nuestros, poco diestros en aquel ejercicio, y no pudo ser menos; porque además de la confusion grande que hubo durante el asalto, y la corta distancia que mediaba entre la batería de los enemigos y nuestros soldados que peleaban al pié della, no se podia disparar con tanto acierto, que por dar en los unos no se diese algunas veces en los otros; y habia tanta mayor razon para presumirlo, cuanto que la mayor parte de nuestra gente era bisona y poco práctica en el manejo de las armas.

Visto por su Alteza el ruin suceso que habian tenido los asaltos pasados, la poca muestra que daban de rendirse los enemigos, que la poblacion se mantenia no menos fuerte que al principio, y que se conseguia muy corto efecto de la artillería para pensar que perseverando en batir con ella al fuerte podria abrirse camino para ganarle, aunque fuese de mucha importancia para el caso arrasar las casas, derribar los reparos y los traveses que della se formaban, porque la disposicion del terreno favorecia todavía mucho á los cercados; pensó que de preferencia á todo se continuase usando la máquina de las minas, como mas provechosa y de mayor sustancia que los demás medios. Así pues ordenó, que por la misma banda de la popa, á unos treinta pasos mas á la mano derecha, y cuarenta ó cincuenta á la izquierda de la primera mina, se abriesen de nuevo otras dos, entrando con ellas tan adelante que pudiesen volar el rebellin y castillo. Al punto se pusieron por obra las dos minas con mucho calor, fundando en el efecto deste instrumento la esperanza del éxito de toda la jornada. En el capitulo siguiente declaramos cuál fué, y ahora sobre el pasado insertaremos el siguiente romance:

El hijo del mas famoso
Monarca que se ha hallado,
Sobre el fuerte de Galera
Gran campo habia juntado.
Doce mil infantes tiene,
Con ellos mil de á caballo;
Recluso llevó en tres tercios
Todo el campo señalado.
De don Pedro de Padilla
Es el uno muy nombrado:
Don Lope de Figueroa
Lleva otro tercio estimado.
Y el otro Antonio Moreno,
Soldado viejo afamado.
A Galera reconoce
Don Juan, el hijo de Carlos:

De fuertes bravas trincheras
Todo el fuerte ha rodeado
Con todas las plataformas
Que es al caso necesario.
Treinta y seis cañones planta
Que baten de cada lado,
Y después de ser batido
Se le dió muy crudo asalto.
Mas los moros le resisten
Con valor aventajado,
Do muchos cristianos mueren
Con furor hechos pedazos.
Porque el valor de los moros
Es grande, aunque están minados.
Dos asaltos se les dá;
Mas todos fueron en vano,

T. III.

Porque el sitio es duro y fuerte
Y con valor defendido.
Capitanes quedan muertos,
Los alférez destrozados,
Y con ellos juntamente
Muertos mas de mil soldados.
El valeroso don Juan,
Visto desto el mal recado,

Manda abrir otras dos minas
Porque quedase aislado.
El fuerte de aqueste modo,
Que otro mejor no han hallado.
Los moros en este medio
En su consejo han entrado,
Sobre que es lo que harian
En un caso tan pesado.

CAPITULO XXI.

Los moros de Galera viéndose tan aquejados entran en consejo sobre lo que tienen de hacer: sobre el acuerdo se revuelven los naturales con los forasteros; fin que tuvo esto. Continúa el duro sitio, y se dice lo que mas pasó en Galera.

En el capitulo pasado queda dicho que el señor don Juan, viendo el poco efecto de la artillería batiendo á Galera, y que en darla asaltos se habia perdido el tiempo, y causado la muerte de muchos capitanes y soldados, acordó tornarla á minar por dos puntos, considerando que seria el medio mejor y mas cierto de entrar en el lugar, sin que la gente de su campo pasara por un daño y peligros tan notorios como hasta allí habia pasado. Así se puso luego por obra la apertura de las dos ocultas minas; pero no pudo hacerse con tanto secreto que dejaran de advertirlo los moros de Galera. Amedrentados estos, tuvieron al instante consejo de guerra sobre lo que deberian hacer para su remedio; y estando juntos los capitanes mas famosos con otros soldados, naturales y forasteros, un capitán turco de aquellos que habian ido con el Maleh propuso lo siguiente, como hombre experimentado y de buen juicio en los asuntos de mayor gravedad.

«Muy bien tenéis entendido, valerosos capitanes y fuertes soldados, el apuro en que ahora estamos todos, y que es muy grande, porque al mejor tiempo de nuestra defensa nos han faltado las municiones que para el caso son tan necesarias, así como sin ellas decae la esperanza de nuestro último remedio. Es verdad que estamos abastecidos de los demás artículos tocantes á nuestra subsistencia; pero como digo nos falta el mas precioso. Hasta ahora nos hemos sostenido valerosamente contra el adelantado de Murcia y sus banderas; mas de aquí adelante las habremos con el hermano del rey de España, que trae consigo gran poder. Y se puede colegir que su designio será no apartarse del sitio que nos tiene puesto, sin dejar primero arrasada nuestra fortaleza, y pasarnos á todos á cuchillo por la resistencia que le hemos hecho. Sobre faltarnos las municiones, sin las cuales son inútiles y de ningun efecto nuestras armas, hemos perdido mucha gente valerosa en los asaltos pasados; tenemos á nuestro cargo gran número de mujeres y niños, que seria muy doloroso verlos degollar delante de nuestros ojos, y no poderlos valer. Atento á esto, gente esforzada é ilustre, es mi parecer, salvo el vuestro, que pongamos la esperanza de nuestra felicidad ó destruicion en las manos de la fortuna, y que en una noche oscura y tenebrosa nos salgamos del pueblo que hasta ahora hemos sustentado, en esta forma: yo con mi gente tomaré á mi cargo la mitad de las mujeres y criaturas, y me saldré algo adelante por la parte del rio adonde están las famosas banderas de Murcia, que tanto daño nos tienen hecho por el valor singular de sus capitanes; y si la fortuna me fuere favorable, amparado de las tinieblas de la noche, me iré en derechura á Seron, donde seremos bien recibidos. Tome á su cargo la otra mitad de la gente uno de los capitanes mas valerosos de la tierra, salga un poco después que yo haya salido, y marche por la vía de Orce á toda priesa; tome de allí por la noche la vuelta á la boca de Orja, y pase á Purchena, donde está el esforzado Maleh. Si la fortuna nos es contraria y los enemigos nos sienten, claro está que darán en la una cuadrilla ó en la otra: en la que diere ayúdese ella, haciendo en su defensa lo que pudiere, y entre tanto se pondrá en salvo la otra cuadrilla. Es posible que quiera el santo Alá, por los ruegos de nuestro profeta Mahoma, que no seamos sentidos de los enemigos, infundiendo en sus ojos un pesado sueño, y en su vigilancia